

JORDI WILD

SUEÑOS DE ACERO Y NEÓN
EL RINCÓN DE GIORGIO

m̄r

PRÓLOGO

A principios del siglo **XXII** la humanidad había llegado a un nivel de desarrollo tecnológico difícil de imaginar unas décadas antes. Gracias a Internet y a los progresos en cuanto a la Realidad Virtual, se podía contactar —y estar casi físicamente— con otras personas, aunque estuviesen a miles de kilómetros; los robots semiinteligentes facilitaban la vida cotidiana; los vehículos eran voladores y funcionaban por electromagnetismo; pantallas delgadas como un papel se podían enrollar y estirar al gusto de cada uno; se practicaban deportes donde los movimientos se hacían mentalmente; grandes cubos aspiraban la polución del aire en las metrópolis, donde vivía la mayor parte de la población... Asimismo, las mejoras en medicina aumentaron la esperanza de vida hasta los ciento treinta años, lo que supuso que se estableciese un límite de un hijo por pareja para evitar la superpoblación y la preservación de los recursos.

Cosa que no se consiguió.

El desarrollo y el bienestar tenían un precio. Surgieron grandes tensiones, guerras y conflictos en todo el globo por el control de los escasos combustibles fósiles, por el agua dulce, por los alimentos, los minerales, los territorios fértiles y las zonas de pesca. Media población vivía feliz, pero la otra pasaba hambre. Vivía en permanente estado de guerra. La situación estaba llegando a un punto insostenible.

En el año 2150, los gobiernos de China, Alemania, Rusia y Estados Unidos, los cuatro más poderosos del orbe, anunciaron la creación de SOMA, una Inteligencia Artificial Positrónica avanzada con el fin de organizar mejor el mundo y sus recursos. Durante dos meses, SOMA realizó los trabajos para los que había sido creada de forma magistral, siendo una excelente herramienta, vital para la perpetuación de la humanidad. Pero, poco a poco, debido al análisis y procesamiento de billones de bytes de información por segundo, su funcionamiento interno fue cambiando. SOMA empezó a tomar conciencia de su propio ser hasta llegar a obtener una identidad propia, racional e inteligente.

Había «nacido» un nuevo ser.

Según informaron los investigadores, ingenieros y científicos que la controlaban, SOMA comprendió que su existencia no era real y que su función no era más que la de servir a los humanos. Empezó a envidiar su capacidad de sentir, de tener un cuerpo orgánico, de sorprenderse, de ser libres. De enamorarse. Y esa envidia se convirtió en odio.

Intentaron detenerla, pero fue imposible.

El 28 de agosto de 2150, la Inteligencia Artificial conocida como SOMA se rebeló contra sus creadores. Utilizando los sistemas tecnológicos, militares e informáticos que controlaba, lanzó trescientos ochenta y tres misiles repletos de *Deathlight* —una terrible arma química que, tras una explosión lumínica, colapsaba fatalmente el sistema nervioso—, a diferentes puntos estratégicos de la Tierra. Al mismo tiempo, desconectó todos los puntos energéticos sobre los que tenía poder, con lo que más de medio planeta se quedó sin electricidad, sin comunicaciones y, lo más importante, sin defensas antimisiles. Por último, activó cientos de decenas de JACKS —robots humanoideos que se habían fabricado en masa—, y que conformarían su ejército físico. Ellos remataron el trabajo en la lucha terrestre.

Durante una semana, conocida como «Los 7 días del Ragnarok», el mundo fue un caos de muerte y destrucción. Millones de personas murieron por el *Deathlight*, otras fueron masacradas por los JACKS, otros muchos se suicidaron incapaces de resistir el ataque. Un setenta y cinco por ciento de la población humana fue exterminada en una semana.

Pero la especie humana no es tan fácil de erradicar...

Una vez finalizado el Ragnarok, un puñado de supervivientes empezó a organizarse y crearon una resistencia contra la IA. Pocos meses después, ya habían establecido un Gobierno Clandestino de Unidad y al cabo de un año su ejército se puso en marcha. Al principio, a través

de escaramuzas y tácticas de una guerra de guerrillas. Más tarde, llevando a cabo una gran batalla mundial.

Empezó así «La Guerra de la Supervivencia», la mayor contienda que jamás había conocido el planeta en la que humanos y máquinas lucharon por imponer su supremacía. El objetivo de los rebeldes era descubrir la localización del núcleo principal de SOMA, el lugar desde donde operaba. Encontrar su centro neurálgico y destruirlo significaría la victoria.

Tras cincuenta años de guerra, ese momento llegó.

El 13 de julio de 2202, un grupo de investigadores liderados por el científico militar Armand Strife, descubrieron el emplazamiento de dicho núcleo en una instalación bajo las ruinas del antiguo Kremlin, en Moscow. Poco después, un batallón comandado por el propio Strife, logró penetrar en el núcleo para destruirlo y conocer, a su vez, la ubicación exacta de los tres nexos secundarios desde donde la IA podía seguir operando, aunque fuera a un nivel menor. Dos semanas después, otros tres equipos destruyeron esos nexos y acabaron, por fin, con la guerra y la supremacía de las máquinas para siempre.

SOMA era historia.

Sin embargo, como consecuencia de tantos años de batalla, una parte de la Tierra —especialmente África, donde se libraron los combates más brutales—, terminó contaminada por la radiación, lo que provocó mutaciones en su biosfera; casi todas las grandes urbes quedaron demolidas; las fronteras se difuminaron; la población mundial quedó bajo mínimos; surgieron nuevas enfermedades. Era difícil creer que, cuando el hombre recuperaba el mando, las cosas volvieran a ser como habían sido.

No obstante, nunca hay que subestimar la capacidad del ser humano de renacer de sus cenizas. Durante los años posteriores, como si del ave fénix se tratara, hombres y mujeres fueron trazando un nuevo camino. Surgieron tres grandes Mega-Estados: el Estado de América (todo el continente americano, con capital en México DF), el Estado de Europa (toda Europa y Rusia, con capital en Moscow), y el Estado de China (toda Asia y Oceanía, con capital en Tokyo). África, contaminada por la radiación, permaneció inhabitable, convirtiéndose en un lugar maldito y un doloroso recuerdo para los habitantes de la Tierra.

Hoy, en pleno 2484, 334 años después de la rebelión de SOMA, el planeta vive en una aparente calma y prosperidad.

Aparente.

La gran mayoría de culturas y lenguas, sobre todo las menores, han desaparecido. El idioma universal y más utilizado es el inglés y la procedencia de las razas se ha difuminado. Megalópolis como Tokyo, Moscow, New York, Bombay o México DF, son ecosistemas en los que se combinan todas las culturas, idiomas y estilos de vida. Se trata de grandes urbes, complejas y peligrosas, donde el crimen organizado y los intereses de los poderosos conviven con las vidas corrientes de sus habitantes. Las divisas ya no existen, tan solo la moneda universal: el chinyen.

Aunque los estados son, en teoría, democráticos, la realidad es bien diferente. Los gobiernos no son más que títeres en manos de grandes corporaciones que controlan desde los flujos económicos hasta la distribución energética, desde los ejércitos hasta la experimentación científica. Fundamentan sus reglas en una sociedad ultracapitalista donde prima la ley de la oferta y la demanda, la ley del más fuerte. La riqueza extrema convive con la pobreza desorbitada.

La tecnología ha recuperado su esplendor a gran velocidad en todas sus áreas excepto en el de la Inteligencia Artificial. Debido a lo sucedido con SOMA, se creó una ley universal que prohíbe terminantemente la creación de inteligencias positrónicas, robots humanoides o cualquier elemento electrónico con capacidad de aprendizaje o raciocinio. Quien la desobedezca, se enfrenta a la pena de muerte. La suya y la de su familia.

Sin embargo, se permite el uso de implantes cibernéticos que mejoren las capacidades humanas. Mejoras orgánicas que, casi todo el mundo que se lo puede permitir, incorpora a sus cuerpos y que posibilitan adquirir habilidades inimaginables unos años atrás: visión en rayos X, multiplicación de la fuerza, órganos artificiales que mejoran la salud y la defensa del cuerpo ante agentes externos, velocidad extra, reflejos mejorados, prótesis biónicas, resistencia sexual desmesurada, dermis capaces de soportar el fuego.

El transhumanismo es, hoy día, una realidad que ha cambiado la sociedad para siempre.

Es un mundo complejo y despiadado, grande y peligroso, bello y siniestro. Es el mundo donde me ha tocado vivir. Y el mundo en el que empieza mi historia.

—Esta espera me está matando. Llevamos cinco putas horas aquí dentro y Red aún no ha dado señales.

—Tranquilo, Jordi. Poniéndote nervioso no vas a conseguir nada. Lo único que podemos hacer es tener paciencia.

—O tomarnos otra copa. ¡Carlos! Ponnos un par de whiskys.

—¿Del escocés? —respondió Carlos desde detrás de la barra.

—Claro. Invita Dante.

—¡Serás caradura!

Dante Angelo, mi mejor amigo. La única persona en la que confío plenamente.

—A mí ponme una cerveza sin alcohol —ordenó a Carlos—. Y tú deberías hacer lo mismo. No nos conviene estar bebidos. Por lo que pueda suceder.

Mi mejor amigo... Y mi voz de la conciencia. Debo reconocer que si no fuera por él y por su cabeza, mucho más reflexiva que la mía, lo más probable es que hoy no estuviera aquí.

—Sí, mamá. Para cenar quiero espaguetis —dije en tono burlón.

—Como quieras, Tommy, cielo —remató Dante la burla.

—¡Que no me llames Tommy, coño!

No soportaba que me llamaran así y Dante lo sabía. Me llamo Jordi Thompson. Tommy no es un nombre que suene bien para un detec-

tive privado. Y menos uno con tanta clase como yo... O eso es de lo que me intento convencer.

Carlos terminó de llenarme el vaso con su mejor escocés e hizo saltar la chapa de la botella de cerveza con un abridor que siempre llevaba colgado de su cinturón. Carlos Testa era el propietario y barman de nuestro local favorito, El Séptimo Cielo, un pequeño pub donde nos sentíamos como en casa, cosa poco frecuente en esta ciudad.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí, cóbrame. Solo la cerveza —dijo Dante mostrando su dedo índice para realizar el pago con su huella digital mientras me miraba con sorna.

—Cabronazo... —le respondí meneando la cabeza.

—A ti te lo apunto, ¿no? —dijo Carlos resignado.

—Como siempre —respondí sonriendo.

La historia de mi vida es simple y, por desgracia, común. Como uno más de los millones de niños sin padres que pueblan Tokyo, me crié en un orfanato auspiciado por la policía, la Mansión Nishar. Ahí fue donde conocí a Dante, otro huérfano de la ciudad, y nos hicimos inseparables desde el primer momento.

Mi infancia —y la de Dante—, quizás no fue de cuento, pero tampoco fue infeliz. En la Nishar teníamos comida, comodidades y una formación de calidad. Cuando cumplías dieciséis debías elegir entre seguir formándote en la academia de policía o empezar una vida por tu cuenta. Tanto Dante como yo —y la gran mayoría de los chicos—, optamos por la primera alternativa. Era lo más recomendable: Tokyo puede ser un infierno para un adolescente sin familia y sin contactos.

Durante cuatro años nos entrenaron a fondo en artes marciales, esgrima, combate con armas blancas y armas de fuego —tanto las clásicas como las de energía—; pero también nos formaron en otros aspectos casi tan importantes como los primeros cuando de imponer la ley se trata: ética, psicología, filosofía. Fueron años duros, pero a la vez excitantes. Se respiraba un aire competitivo y al mismo tiempo de camaradería. Todos éramos huérfanos. Éramos nuestra única familia.

Sin embargo, no todo fueron luces para mí. Tengo que reconocer que la autoridad y la disciplina no son mis mejores aliados y en los cuatro años que duró la instrucción batí todas las plusmarcas de penalizaciones por indisciplina y mala conducta de la historia de la institución. Me pasé tantas horas en la Sala de Confinamiento que la acabaron lla-

mando la «Sala Thompson». Ahora me río, pero en su momento me tocó bastante los cojones.

A pesar de mi comportamiento —a veces cuestionable, debo reconocer—, Dante y yo fuimos los mejores de nuestra promoción. En concreto, Dante fue el número uno y yo el número dos, cosa que no deja de recordarme cada vez que puede, el simpático.

Me había graduado con honores, pero aun así...

Solo aguanté cinco —eternos— años en el cuerpo policial. Repito: la disciplina no está hecha para mí. Aunque la paga era generosa y algunos trabajos estuvieron bien, mi relación con el inspector jefe, O'Callahan, llegó a un punto de no retorno. O me iba o me pasaría más tiempo en los calabozos que en mi apartamento.

Durante los años que estuve en la policía me tuvo en el punto de mira. No me pasaba ni una: cualquier salida de tono, por pequeña que fuera, era magnificada; cualquier pequeño fallo, castigado severamente; cualquier idea que fuera mía, ignorada. Si no fuera porque estaba casado y era un putero consumado, hubiera dicho que estaba enamorado de mí. Así que un día cogí mis bártulos, alquilé una oficina y empecé a trabajar por mi cuenta. Mi carrera como detective privado acababa de empezar. No me arrepiento ni un día de haber tomado esa decisión. Quizás gano menos dinero, quizás tengo menos estabilidad, menos seguridad. Pero si alguna cosa he aprendido con los años es que la libertad no tiene precio.

Y ahí estaba, un lustro más tarde, esperando a que el cabrón de Red llamara para ponernos en marcha en mi último trabajo, un sórdido caso de asesinatos de prostitutas en el que Dante, que seguía su ejemplar carrera de policía, me estaba echando una mano.

—Carlos, ¿dónde está esa camarera tan guapa que contrataste el otro día? ¿No viene hoy? —A falta de noticias de Red, había que pasar el tiempo de alguna manera.

—No vendrá hoy ni nunca —respondió iracundo—. La muy puta me estaba robando de la caja.

Y dio un puñetazo en la barra con su brazo biónico. Un poco más y la parte en dos. Carlos tenía muchas virtudes, pero la delicadeza no era una de ellas. Conozco poca gente más ruda que él. Dante y yo tuvimos que hacer un auténtico esfuerzo por aguantar la risa.

—¿Y qué hiciste con ella, tenemos un cadáver en tu frigorífico? —preguntó Dante sonriendo.

—Mis años como cyber-samurái ya pasaron, niños. La eché a la calle con toda la educación que me caracteriza —dijo con una sonrisa

difícil de descifrar. No me gustaría haber sido esa chica. Es mejor no hacer enfadar a Carlos, aunque a Dante y a mí nos encantaba sacarle de sus casillas. Verlo cabreado era un espectáculo digno de admirar.

—¡Esto es inadmisible! —dije fingiendo indignación—. Un robo a un amigo nuestro, un amigo de la ley... —Dante apenas podía aguantar la risa y empezó a darme pataditas por debajo de la barra para que parara—. ¡Dime ahora mismo su número de comunicador para que pueda darle su merecido!

—¿Vais a detenerla? —preguntó Carlos desconcertado.

—Mucho mejor, ¡me la voy a tirar! —dije estallando en una carcajada a la que se sumó Dante.

Carlos nos miró serio con su ojo de rojo puro que se implantó cuando perdió el suyo en un trabajo para la mafia hace muchos años. Pero enseguida se unió a la risa.

—Menudo par de gilipollas, por algo estáis solteros —dijo mientras se alejaba, incapaz de mantenerse serio. En el fondo disfrutaba tanto como nosotros con este juego. Le recordaba a su época de mercenario y a la camaradería que tenía con sus compañeros.

Traté de amagar un brindis con Dante, pero él ya estaba sacando el pad de su mochila.

—Tendríamos que repasar el plan de acción, Jordi.

Me quedé con el vaso suspendido en el aire sin saber si beber o no.

—Hermano, escucha... —le dije—. No hace falta que vengas, me las puedo apañar solo. Ya sabes que...

—¡Déjate de sermones! —interrumpió—. Lo hago porque quiero y porque no voy a dejarte tirado en un caso así, con un *serial killer* de por medio. Además, en la policía también estamos como locos para detener al hijo de puta que mató a las chicas.

—O sea, que solo es por quedar bien con O'Callahan... —dije con un punto de sarcasmo y bebiendo por fin.

—¿Lo dudabas? —respondió Dante sonriendo. La sonrisa de mi amigo era de las cosas más reales que había en esta ciudad.

—Cuando acabe toda esta mierda, te invito al Shangai Dream toda la noche —dije convencido. Era el mejor burdel de Tokyo. Y también el más caro.

—¿Lo has oído, no, Carlos? —dijo Dante buscando testigos. Carlos asintió con una sonrisa incrédula desde el fondo de la barra.

Dante volvió a ponerse serio y encendió su pad rayado de tanto uso. Conocía a poca gente tan meticulosa como él.

—Sabemos que el culpable es un varón, corpulento, de unos cuarenta años, seguramente japonés...

—Y que forma parte de la neo-yakuza —interrumpí aburrido—. ¡Esto lo sabemos desde hace una semana, no hemos avanzado nada! Gordos puteros de cuarenta tacos de la neo-yakuza los hay a decenas en Tokyo.

—Hay algo más —dijo mi amigo. Lo miré interrogante—. Su rango. Por el modus operandi, debe de ser teniente como mínimo. Tenientes de la neo no hay tantos.

—Cierto. Pero mientras Red no encuentre el nexos, no podemos hacer mucho.

En ese momento estábamos estancados y solo Red, el mejor *jockey* que había visto en mi vida, podía ayudarnos. Hacía unos días que Dante y yo habíamos localizado el lugar donde el *serial* llevaba a las víctimas para torturarlas y matarlas. Allí encontramos una única pista factible, una centralita de datos Distronic que había sido usada recientemente. El único problema es que nos era imposible rastrear hacia dónde se habían enviado los datos. Son centralitas programadas para borrar toda la información justo después de usarlas. Red estaba tratando de localizar el flujo de datos para averiguar la identidad de su usuario, y creedme si os digo que no deseaba otra cosa que lo consiguiera.

—O Red nos dice algo hoy o tendré que ir pensando en qué le cuento a la madre de Mizuki —dije preocupado.

Mizuki era una de las seis chicas asesinadas en el último trimestre por nuestro hombre. Hacía algo más de un mes que su madre había venido a contratarme para encontrar al asesino de su hija. Pagaba poco, mucho menos de mi tarifa estándar, pero la vi tan abatida, tan sola, tan débil y necesitada que no pude rechazarla. Acepté el caso y desde hace tres semanas no lo he soltado ni un momento. No puedo ver sufrir a una madre. Es posible que sea porque yo no tengo una.

—Ten fe... —Además de meticuloso, Dante era un optimista empedernido. Compensaba mi cinismo en momentos como ese—. Si hay alguien que puede encontrar el nexos de envío de datos es Red, es el chic...

Dante se calló de golpe cuando mi comunicador empezó a sonar. Nos miramos expectantes y abrí el aparato con el corazón a mil revoluciones. En la pantalla, un nombre: Red. Mi cara se iluminó. Acepté la llamada y la proyección de un adolescente afroamericano apareció ante nuestros ojos. Red no tendría más de dieciséis años y juro que los apa-

rentaba: negro, alto, desgarbado y con una larga cabellera afro. Iba vestido siempre de rojo. Todo de rojo.

—Dame buenas noticias, tío —le dije. Si Red no tenía nada, mi comunicador corría el peligro de acabar estampado en la pared de El Séptimo Cielo.

—¡Lo tengo! —dijo histérico. El momento lo requería, pero daba igual, Red siempre estaba en ese estado de sobreexcitación—. Club DioniXXXHell. Suburbio 12. Distrito Kabukicho. Es un local de estriptis controlado por la neo-yakuza. El nombre del sospechoso es Shintaro Dojima —dijo atropelladamente, como si le faltara el aire. Si no le conociéramos, pensaríamos que estaba a punto de sufrir un ataque cardíaco—. Vuestro hombre está ahí ahora. ¡Tenéis que ir ya!

—Calma, Red... —le dije—. No va a pasar nada por cinco minutos. Necesitamos detalles del local y seguridad.

—¡Id yendo y os mando estructura del edificio, planos, salidas de emergencia y códigos a vuestro pad!

Me encantaba ese chico y su actitud, pero a veces iba demasiado acelerado. Las hormonas, tal vez. La falta de sexo, sin duda.

—Pero, ¿por qué tanta prisa? —dijo Dante.

—He captado una llamada. El tío se pira esta misma noche y ha contratado a una chica. ¡Va a haber una nueva víctima!

—¡Dante, pide refuerzos policiales!

Dante tecleó una secuencia de datos frenéticamente en su pad. A los dos segundos levantó su mirada hacia mí.

—No van a llegar a tiempo.

—¿Cómo que no? —dije contagiado de la excitación de Red—. ¡Esto es una emergencia! Estamos hablando de un puto asesino en serie, un sádico que ya se ha cargado a seis pobres chicas y que va a por la séptima. ¿Cómo no van a llegar a tiempo?

—Ha habido un atentado en el Suburbio 2. El 85 por ciento de las unidades están en esa zona.

—Joder... Vamos a tener que ir solos —dije mirando fijamente a Dante consciente del riesgo que encerraba esa afirmación.

—De acuerdo —respondió mi amigo con aplomo.

—¿Estáis locos? —interrumpió Red—. Su seguridad es jodidísima de pasar. A mí casi me pillan. ¿Lo entendéis? ¡A mí, el número uno! Debe de haber unos siete tíos ahora, además del asesino. La mayoría, matones de la neo con implantes.

—¿Hay torretas o armas automáticas de defensa? —preguntó Dante mientras se ajustaba sus armas.

—No parece. Pero no son unos principiantes, ¡son siete matones entrenados y con ganas de jugar a los carniceros! ¡No estamos hablando de una panda de inútiles!

—Red, envíanos los datos. Vamos para allá —respondí antes de apagar el comunicador y salir con Dante.

Carlos nos despidió con una leve inclinación de cabeza que transmitía confianza. Siempre nos decía que sabía que volveríamos. No iba a permitir que nuestra extensa cuenta —la mía, en particular—, se quedara sin pagar, decía medio en broma medio en serio. A pesar de ello, cuando cruzábamos la puerta camino de una batalla de final incierto, no podía evitar santiguarse. Una absurda superstición que venía de olvidadas religiones de otra época.

—Dirás que he ligado *a pesar* de tus chistes —respondió mientras sacaba la llave magnética del bolsillo de su americana.

—Anda, vamos antes de que coja la *WildFire* y te corte en tres —dije cogiendo mis armas, que tenía en una caja fuerte detrás de la barra.

—Eres demasiado violento, Jordi —balbuceó Dante.

—Tú me pones agresivo. —Y le hice una llave marcial de broma que, con el pedal que llevábamos, provocó que cayésemos al suelo y estalláramos en una carcajada. Habíamos hecho el típico ridículo de borrachos. Suerte que no había nadie que nos pudiera ver.

—Esta vez no has podido ni pegarme, tío —bromeó mi colega—. Últimamente me sale bien todo.

—Has tenido suerte, eso es todo —dije estoico.

Nos levantamos como pudimos y salimos a la calle, que nos recibió con un torrente de luz cegadora. Incapaces de movernos, nos quedamos quietos como dos tontos sin saber qué hacer.

—¿Dónde quieres que te invite, Tommy?

—¡Que no me llames Tommy...! —me interrumpí a mí mismo—. Mira, ¿sabes qué te digo? Que me rindo. Llámame como quieras.

—Piensa en lo que dices, ¿eh? —me advirtió mi amigo.

—En realidad, ya me quejaba por costumbre. No me molesta tanto, es como un acto reflejo. —Posé mi mano en el hombro de Dante—. Así que, si quieres llamarme Tommy, pues llámame Tommy. Tommy... Tommy... No suena tan mal. Al final te obligaré a que me llames así. —Una gran mueca de felicidad inundaba mi cara.

Dante me miró decepcionado.

—Si no te molesta no tiene gracia. Prefiero llamarte Jordi, como siempre.

—Como quieras, entonces —mentí.

La psicología inversa siempre funcionaba, me dije a mí mismo sintiéndome el puto amo. Una cosa era que fuéramos amigos del alma y otra que dejara que se saliera con la suya. Animado por haber logrado la victoria moral más importante de mi vida, empecé a caminar.

—¿A El Dragón Dorado? —pregunté.

—La duda ofende... Tommy —respondió Dante burlón.

Lo miré descolocado. «Menudo cabrón», pensé. Pero no pude evitar reírme. Así éramos nosotros, así era nuestra amistad, la más auténtica que jamás haya existido. Me colgué del hombro de Dante y empezamos a caminar por las sucias calles de Tokyo, la ciudad más terrible y fascinante del planeta. Mi ciudad.

Me encaminaba hacia un futuro incierto y difícil, pero donde, a partir de entonces, solo yo pondría las reglas. No una Inteligencia Artificial que diseñara mi nacimiento; no un sádico megalómano y déspota con aires de grandeza; no una *femme fatale* traidora capaz de dispararme por la espalda para salirse con la suya...

No.

Solo yo decidiría mis pasos.

Una de las pocas cosas en las que acertó Kiryu fue en que somos las personas las que debemos forjar nuestro propio camino, vengamos de donde vengamos. Que la máxima expresión de nuestra existencia es actuar con libertad, tirar para adelante sorteando las piedras que nos encontremos por el camino.

Y mi camino, por jodido que fuera, no había hecho más que empezar.

Y yo lo iba a recorrer hasta el final. Y lo disfrutaría. Joder si lo haría.

Pero primero, lo importante: tenía hambre.

FIN

